

bajo aquel hábito grosero, á prestar su generosa cooperacion en consolar á la miseria. Para nosotros, franceses del siglo diez y nueve, esto es como la aparicion de un tiempo que ya no existe, como un recuerdo de los siglos de fe, como una vision de la edad media. 1.

Este origen de la caridad romana explica otros tres caracteres que la distinguen. Las instituciones caritativas en Roma son las más antiguas de todas las obras de beneficencia extendidas en Occidente; ellas les han servido de modelos, y muchos años y muchos siglos ántes de que los conocimientos hubiesen emprendido trazar las *leyes de la caridad*, la fe las habia revelado ya á los papas; esta es una consecuencia de la mision civilizadora que se les está confiada.

El segundo es la superabundancia de los socorros; ya hemos visto que entre todas las ciudades de Europa, Roma es la más caritativa. En las fuentes mismas de la fe, en las tumbas de sus innumerables mártires, toma incesantemente el espíritu de sacrificio, que se desborda como el licor precioso de un vaso demasiado lleno, en mil creaciones de caridad espiritual y corporal.

El tercero es la distribucion de las limosnas, ménos regular de lo que se pudiera desear. El alma abrazada de la caridad, el alma que se da á sí misma, se ocupa poco de los frios cálculos de la prudencia humana; ella ve ántes que todo el dolor, sin inquietarse suficientemente por moderar su celo. Siempre aspira á consolar á los seres que sufren y á cumplir la grande obligacion del hombre hácia su hermano. 2.

Mas hé ahí todavía la presencia de los mendigos de Roma. Si la filantropía inspirase á la beneficencia romana, hubiera

1. De Bazel, pref, p. XXXIII.

2. De Bazel, pref, p. XX.

encerrado á los pobres á fin de quitar este objeto importuno de la vista del viajero, porque la filantropía no es madre. Otra cosa es la caridad romana; ella exhorta al pobre al trabajo, ella le suministra los medios para él, ella le compromete á recibir socorros en su casa más bien que á tomarlos de los transeuntes; pero la cuesta mucho ir mas léjos y emplear el rigor contra un ser dos veces sagrado para ella. Así es como Leon XII, al organizar la comision de los subsidios, permitió á los pobres que eran verdaderamente dignos de socorro, que eligiesen entre las limosnas en su domicilio y las accidentales de la mendicidad. Los que tomaron éste último partido fueron inscritos y se les entregó una placa de cobre que tenia grabadas estas palabras: *Questante in Roma N.* . . . Solo ellos tenían el derecho de mendigar; pero al cabo de algun tiempo se toleró la instruccion de otros nuevos, no sometidos á las anteriores formalidades, y se vió uno de nuevo invadido por una multitud extraña, acaso con verdaderas necesidades. 1.

Así estaban las cosas cuando estábamos en Roma, y ciertamente cuando se han visto de cerca las dificultades y los obstáculos de todo género creados por la política general de la Europa al gobierno pontificio; cuando se conoce su carácter esencialmente paternal, se concibe muy bien esta especie de tolerancia en una medida de policía, cuya utilidad absoluta no es tal vez tan evidente como podria creerse. No; no está todavía claramente demostrado que el sistema de los depósitos de mendicidad sea mucho más moral, mucho más humano, mucho ménos costoso que la mendicidad misma. El sistema de depósito entraña bajo uno ó bajo otro nombre la opresion de los pobres; trasforma en delito lo que las mas veces, no más que una de gra-

1 De Bazelaire, pref, p. CIV.

cia, priva al pobre de la libertad, le arranca á su familia y le expone á los inconvenientes del contacto muchas veces peligroso de numerosos compañeros corrompidos y corruptores. La vista de nuestros depósitos de Francia ó de los *Workhouses* de Inglaterra hace en este punto muy tristes revelaciones.

Por otra parte, admitiendo la superioridad del sistema moderno, faltaria saber ántes de condenar á Roma, si es posible establecerlo. Sumergir á millares de pobres en prisiones húmedas y oscuras, con solo el alimento estrictamente necesario para el mantenimiento de su mezquina existencia, no es difícil abolir así la mendicidad; basta para esto tener un corazon inglés. ¡Pero aplicar en Italia semejante sistema! mas fácilmente se quitaria al hombre la vida, que privarle de su hermoso cielo y de los rayos del sol. Por otra parte, la libertad individual es tambien allí muy respetada y el egoismo demasiado desconocido, para que los grandes del siglo se crean con el permiso de comprar sus placeres á costa de los dolores de sus hermanos. 1.

En fin, no conviene creer, como lo cuentan ciertos viajeros, que Roma sea el foco de la mendicidad. «Gracias á sus numerosas casas de trabajo, está léjos, dice un economista célebre, de alimentar tantos pobres ociosos, como muchas ciudades afamadas por su opulencia y por su buena policía.»

No se cuentan allí más mendigos que en las principales ciudades de Francia. 2 Dos cosas multiplican los pobres á la vista: la primera es que Roma les deja en la calle, mientras que Paris les pone en prisiones; la segunda consiste en que están habitualmente concentrados en un so-

lo cuartel, el que habitan, ó el que atraviesan continuamente los extranjeros, en el Corso, en la plaza de España y en la plaza de Venecia. Por otras partes hemos encontrado pocos mendigos; y las más veces esos pobres vienen de los países vecinos, de los ducados de la Italia septentrional, de la Lombardía, del reino de Nápoles y hasta de Paris; más de un frances ha reconocido allí á aquel mendigo que se arrastra, y á quien todo el mundo ha visto en otro tiempo arrastrarse en los boulevards con su grotesco traje. Roma podria librarse de ellos, casi del mismo modo que Esopo proponia beber el mar, si se quisiera detener todos los rios que á ella concurren. 1

Tales son en sus relaciones y en su espíritu las instituciones caritativas de Roma, cuyo objeto es el alivio de la miseria física. Para apreciarlas bien es necesario distinguir en ellas dos elementos: el elemento católico y el elemento italiano, es decir, las cosas en sí mismas, y esas cosas practicadas por los hombres; igual distincion debe hacerse para las instituciones de otros países. En principio se puede decir que todo es bueno, á menudo admirable y sublime en las instituciones romanas, porque la idea es hija del génio católico; pero en aplicacion, el génio italiano se hace traicion á sí mismo, y con demasiada frecuencia desfigura con su tolerancia las obras más bellas. Así es como las instituciones francesas, alemanas, españolas, llevan el sello de los defectos del carácter nacional, que las hace muchas veces imperfectas en el fondo como en la forma. Aquí no tocan más que á la forma; de suerte que si todas las leyes y todos los reglamentos se ejecutasen, Roma seria un tipo ideal de gobierno. 2 ¿Podremos decir

1 De Bazelaire, pref., p. CV.

2 M. de Villeneuve, *del Pauperismo*, t. II, p. 385.

1 De Bazel, pref., p. 103.

2 De Bazel, pref., p. 23.

igual cosa de Francia? Esta observacion, cuya exactitud hemos tenido ocasion de verificar veinte veces, se aplica en general á todos los otros aspectos de la ciudad de los Pontífices!

11 DE FEBRERO.

Entrada de San Juan Ante Portam Latinam.— Columbarium de Pomponio Hylas.— De la familia Volusia.—Sepulcro de los Scipiones.—Cambio de la Cruz al Coliseo.

Conociendo ya las obras de *caridad corporal* que Roma cristiana ha escalonado en todos los caminos de la vida, desde la cuna hasta la tumba, habiamos acabado la primera parte de nuestro itinerario. Antes de estudiar la caridad *intelectual y moral*, hicimos una posa largo tiempo deseada.

La capilla de San Juan Ante Portam Latinam fué el objeto de nuestra peregrinacion. Visitar el lugar consagrado por el martirio del apóstol mismo de la caridad, era, sin apartarnos de nuestro itinerario, repasar felizmente una laguna.

El viajero que viene del Coliseo por la vía de los Triunfos, se encuentra muy pronto en la vía Apiana. Esta última, tan célebre en la historia de la antigua Roma, está hoy limitada por un ancho embanquetado formado con bellos fragmentos de mármoles antiguos. Despues de haberla seguido hasta la altura de las Termas de Caracalla, volteamos á la izquierda y pusimos los piés en la vía Latina, que conduce á la puerta del mismo nombre; esta puerta ha sido cerrada por los franceses durante la ocupacion imperial. Al pisar este antiguo camino, ¿cómo no acordarse del discípulo muy amado que lo recorrió él mismo para ir al suplicio? Domiciano, sin respeto alguno á aquel venerable an-

ciano, le habia hecho conducir á Roma encadenado como un malhechor. Cuando estuvo á pocos pasos de la Puerta Latina fué azotado con varas, segun la costumbre romana, rasurado por ignominia y luego arrojado á una caldera de aceite hirviendo. Salió de ella sano y salvo, como los jóvenes hebreos salieron del horno de Babilonia; pero fué para hacer relegado á la isla de Pthamos, hasta que Nerva hubo abolido los sangrientos decretos de su bárbaro predecesor.

En el lugar mismo del martirio, uno de nuestros compatriotas, llamado Adan, auditor de Rota en el siglo décimosexto, mandó levantar una pequeña capilla en forma de rotonda, en la cual se conservan los instrumentos del martirio. En el interior se lee la inscripcion siguiente:

Martyrii palmam tulit hic athleta Joannes,
Principii verbum cernere qui meruit.
Verberat hic fuste pronconsul, forcipe tondet,
Quem fervens oleum, lædere non valuit
Conditur hic olivum, dolium, cruor atque capilli.
Quæ consecravit inclita Roma tibi.

“Aquí obtuvo la palma del martirio el atleta Juan, quien mereció distinguir el verbo del principio. Aquí le azota con varas el procónsul y le afeita con tenazas. Y el aceite hirviendo no pudo dañarle. Aquí se conserva el aceite, la caldera, la sangre y los cabellos, cosas que consagró la inclita Roma.”

Esta visita nos procuró un doble gusto. Desde luego nos fué dado orar al discípulo muy amado del Salvador, en el lugar mismo en que habia dado á su tierno Maestro una prueba tan brillante de su amor. Este es un delicioso placer, porque en el sepulcro de los mártires se ora mejor y hay algo que os dice que allí se recibe la oracion más fácilmente que en otra parte. Además, veia en aquella capilla un monumento de justo reconocimiento, y de

ello estaba yo orgulloso. A nosotros los secuanos 1 nos ha venido la ley del Evangelio por San Juan; San Ireneo, su discípulo nos envió á Ferreol y á Fergueux, nuestros primeros misioneros.

Con el alma llena de estos buenos y dulces pensamientos, entramos á un jardin distante solo algunos pasos, para visitar un monumento de otro género. En la puerta de una escalera de caracol, que baja á un profundo subterráneo, se lee: *Columbarium libertorum domus Augustæ*. Estábamos en el sepulcro de los libertos de Augusto. Cuando llegamos á la cámara mortuoria, *area*, que forma un cuadrilátero, miramos á la luz de nuestras antorchas, una gran cantidad de pequeños nichos, semejantes á nidos de paloma, *columbarium*, practicados en las cuatro paredes; estos pequeños nichos practicados en un pleno arco de bóveda, *arcuato*, pueden tener un pié y medio de altura y una latitud igual. En la base hay dos agujeros practicados en el interior de la pared y cada uno contiene una jarra de tierra cocida, *olla*, que encierra cenizas y despojos de huesos calcinados, segun la costumbre de los romanos. Una simple cubierta de tierra cocida, *operculum*, cierra la jarra ó urna funeraria. El nicho mismo está cerrado por una placa de tierra ó de mármol, sobre la cual se leen los nombres y las cualidades del muerto, *tituli*. En una de estas placas, colocada delante de un nicho no abierto todavía, están las dos inscripciones siguientes: la primera pertenece á una de aquellas numerosas esclavas empleadas en servir el tocador de las matronas romanas, y de Octavia, por consiguiente; la segunda es la del tesorero de la misma princesa. Ambas podrian servir de texto á un largo comentario, porque ellas revelan costumbres íntimas de la vida romana y ciertas condiciones de la esclavitud. 2

1 Hoy los del Franco Condado.—N. del T.
2 Véase Pignorius, *de Servis*.

PESVÆ OCTAVIÆ
CÆSARIS AVGVSTI F.
ORNATRICI
VIX ANN. XVIII.
PHILETVS OCTAVIÆ
CÆSARIS AVGVSTI F.
ARGENTORATO. FECIT
CONTVBERNALI SVÆ
CARISSIMÆ ET SIBI.

En la bóveda del columbario están suspendidas dos lámparas de bronce de seis á siete brazos. Estaban provistas, segun se dice, de mechas de amianto, con el fin de estar ardiendo *siempre*. Por lo demas, la forma de estas lámparas es todavía muy comun en Roma; esta es una prueba entre mil, de la tenacidad de las costumbres populares. Sobre las paredes se ven algunas pinturas bien conservadas, que representan génius. Todo este espectáculo de muerte, en donde ningun pensamiento de inmortalidad viene á consolar vuestra alma, tiene cierto aspecto helado que *hace mal*. La visita al monumento del apóstol San Juan nos hizo esta impresion más viva; pero lo llegó á ser mucho más, cuando despues de haber atravesado una pequeña viña, llegamos al Columbarium de la familia Volusia, particularmente célebre en tiempo de Neron.

El aspecto grandioso del monumento anuncia que aquí descansan grandezas humanas reducidas á nada. Este columbarium puede tener 40 piés de altura, y forma un paralelogramo de cerca de 30 piés de longitud por 20 de latitud. La bóveda con pechinas descansa en un ancho pilar colocado en el centro. A consecuencia de los movimientos terrestres, la parte superior del columbarium no excede más que en 3 piés al nivel del suelo. Bajamos al subterráneo, en donde pudimos contar cerca de 500 nichos. Allí se presentan á los ojos y á la contemplacion del viajero mu-